

entero. Más ó menos serían las diez de la noche. Por aquellos suburbios la luz era de aceite, y con esto doy á entender que andaba á tientas, y si no supiese que la casa era la segunda del puente á la derecha, no la encuentro, tan negro estaba todo y tan sobrecogido yo del silencio del contorno. Adiviné, que no descubrí, la puerta, y llamé, contestándome los perros vecinos con ladridos tan lastimosos como si llamara la misma Muerte en su merodeo por el barrio; llamé más recio y abrieron, sin que yo columbrara quién abría, porque el zaguán estaba á oscuras, como la calle, y la persona que salió, hombre ó mujer, no traía luz, sino una voz debilitada y menesterosa que apenas pudo preguntarme:

— ¿Qué desea usted?

Dije quién era, y aquella sombra se desplomó á mis pies sollozando y abrazándose á mis piernas, que no me dejaba menearme; más quería yo moverme y más me estrechaba ella, hasta que al fin percibí en sus lamentaciones mi nombre mal articulado y reconocí á Sara con mayor dificultad que lo que aquí encarezco, porque el cambio de su voz era pasmoso y sólo en estas palabras: «¡Ay, niño Juanito de Dios!..» comprendí que, en aquel lugar, ella únicamente podía llamarme así.

Como no se levantaba, ni consentía en despegarse de mí, con ligero esfuerzo me desligué de ella y sobre las baldosas quedó gimiendo, mientras yo daba luz al quinqué del zaguán y reparaba desde luego, en

el ardor de la piel y otros síntomas ya conocidos de mi experiencia, que Sara estaba herida de la peste, y por desgracia, grave. La cogí en mis brazos y, familiar de la casa modesta y limpia donde se había deslizado la infancia de Arturo, la llevé á la alcoba principal, que yo sabía tenía dos camas y una de las cuales presumía que debía de ocupar Damasia; pero, antes de entrar, Sara quiso explicarme algo que yo no entendí, debatiéndose al mismo tiempo, como si no quisiera que allí la llevara; yo, que ignoraba hubiera otro lecho en toda la casa, entré decidido, y, ¡más me valiera no haber entrado!, en la mal alumbrada habitación, tendida sobre la cama, revueltas las mantas y bañada en el negro vómito, estaba Damasia, Damasia muerta..

Aunque apenadísimo por tal espectáculo, como soldado que en la batalla se endurece contra las emociones y siente centuplicado su valor, no vacilé; recosté á Sara en la cama libre, y sobre el cuerpo de Damasia extendí una sábana para que la vista de la madre no exacerbara el dolor de la hija y empeorase su estado. Luego busqué medicinas, paliativos, todo lo que en el arsenal inútil del empirismo había yo aprendido á manejar durante la asistencia de Clara; unas cosas las había rodando por mesas y vasares, otras tuve que salir á buscarlas fuera, recomenzando la peregrinación de la noche anterior, de la botica al médico, del médico á la funeraria, de la funeraria á la iglesia, acechado por la muerte, á la que no temía y desafiaba con

mayor bravura cuanto más cerca de mí andaba. Y todo aquel trajín, completamente estéril, porque ni médico, ni cura, ni nadie vino á prestarme auxilio, en vez de rendirme, me daba fuerzas, que no sabía yo cómo ni de dónde la fatigada máquina de mis nervios y de mis músculos las sacaba, tan poderosas que, aun faltándome el aliento después de una correría, me sobraban para decir á Sara, cubriendo con mi cuerpo la espantosa silueta de la difunta:

— Esto no es nada: disgusto, cansancio, ¡qué momentos habrás pasado, aquí sola!

La pobrecilla no hablaba y fijaba en mí sus ojos calenturientos, que brotaban gratitud. He de confesar una cosa; me sale del corazón y no debo callarme: junto al humilde lecho de Sara experimentaba yo dolor más grande que el que sentí en la calle de Balcarce junto á mi hermana. Estará mal que lo diga así, en forma tan descarnada, pero es la verdad, y no tengo para qué fundarla en razones, que bien alto hablan sus títulos de madre de Arturo y colaboradora de mi obra de misericordia.

A su lado pasé la noche, sentado de espaldas al sitio en que descansaba el cadáver de Damasia, y un gato me hizo compañía, entrando, saliendo y llenando la casa de maullidos tristísimos. Por la mañana, tempranito, vino una chiquilla de catorce años, que estaba al servicio de Damasia durante el día, y era muy lista y modosa: ¡gracias á Dios!, porque á mí el cuerpo se me caía, y con el café que ella preparó y toma-

mos los dos en la misma mesa de la cocina, á pesar de sus respetuosos melindres, me entoné bastante y la cuerda de mi voluntad adquirió nuevo vigor, prueba palpable de que el alma sujeta está á las miserias del cuerpo.

No mostraba la chica grande aprensión, y con el desparpajo de sus años me contó que la víspera, cuando ella se marchó, Damasia no había muerto, ni Sara estaba tan enferma como ahora. De lo contrario, se habría quedado. ¡Lástima que así no fuera, y no pasara yo tan horrible noche!

Entretanto, llegaron los de la funeraria y unos señores que dijeron ser de la Comisión Popular y el médico, todos juntos, y llevado de mi compasión pedí yo que me ayudaran los mozos á trasladar la enferma á la salita para que no asistiera al acto de poner en la caja á su madre, y la trasladamos, dejándola allí con el médico, que no hizo más que lo que yo había hecho, ni los de la Comisión Popular tampoco. Una vez instalada la enferma, volví al cuarto mortuorio y con mis propias manos amortajé á Damasia, con el mismo cuidado que dediqué á Clara y la misma cariñosa solicitud, y cuando en hombros de los mozos la sacaron, la acompañé hasta la puerta y la despedí tristemente. Habían dispuesto aquellos señores que se fumigara toda la casa y echaron cloruro, ácido fénico ó no sé qué apestosa materia, con lo cual y mi debilidad estaba yo tan mareado, que la cabeza y los pies se me iban.

Las horas que transcurrieron hasta la tarde fueron

penosas. No quería dejar sola á Sara, porque su gravedad aumentaba por momentos y su mirada me suplicaba que no la abandonase; en una silla, á su cabecera, asistía desesperado á su agonía y ni palabras ni alientos tenía para consolarla. Dos veces se presentó la chica para instarme á que tomara algo y la rechazé, que la misma extenuación me quitaba todo deseo. Pero al mediodía, como sintiera que me aletargaba, pedí dos huevos y los tomé con repugnancia, y también un trago de vino.

Por la noche me acometió vergonzoso temor de quedarme solo. Poco á poco, en mi imaginación, las escenas de luto que de dos días atrás venían sucediéndose adquirían relieve fantástico y la sombra de la Peste comenzaba á ofuscarla. Como creía antes tenerla metida en las ropas, ahora creía sentirla adentro, muy adentro, entretenida en destruir la esencia de mi vida. Y para colmo de necia imaginación, me pareció que el gato negro, que seguía mayando lastimero, era el alma de Damasia vagando por la casa.

Rogué á la chica que se quedara aquella noche y ella consintió, siempre que la permitiera avisar antes á su madre. Pues todo el tiempo, una media hora, que la chica permaneció ausente, yo deserté del lado de la moribunda y en la puerta de la calle estuve esperándola, con infantil impaciencia, hasta que volvió, no sola, sino acompañada de un sacerdote y un monaguillo, caminando los tres entre las sombras de la calle tan silenciosamente, que parecían fantasmas.

Dióme grande alegría ver al hombre de Dios, y con él y los dos muchachos entré en la salita; siendo inútil prevenir á Sara, porque la faltaba ya el conocimiento, y si no estaba muerta, poco debiera quedarle de vida. Nos hincamos todos en derredor del lecho, y muy aprisa, que otros esperaban turno, la impuso el sacerdote la extremaunción, con indiferencia maquinal que compartía el monago, avispado chicuelo, cuyos amenes tenían algo del tono que debía emplear en sus juegos. Al decir el último de ellos, se levantó, y pegado á la sobrepelliz del cura, marcháronse ambos prestamente á dar el pasaporte á dos vecinos del lado. Yo seguí de rodillas, y así me quedara toda la noche, oyendo el silabeo de la liturgia latina, como embobado ó aplanado del peso de tanta fatiga, si el gato negro, que era en mi ilusión el alma de Damasia, no pasa rozándose con el tieso penacho de su rabo. Salté entonces y me senté en la silla, sobre cuyo respaldo doblé la cabeza.

Porque me pasaba una cosa muy singular, y era que el sentido de la realidad no lo percibía; la misma indiferencia del clérigo y el monaguillo, á quienes en fuerza de contemplar las tristezas y los horrores de la peste nada interesaba ni conmovía, y así el uno recomendaba el alma regateando el tiempo, y el otro se asociaba, según el precepto, jugando con la llama de la vela; la misma, digo, y por igual causa, me hacía caer en aquella silla y cerraba mis ojos y me aletargaba completamente.

La chiquilla se había sentado enfrente de mí y sus

ronquidos alternaban con el mayar del gato, es decir, ahora me doy cuenta que tal debía de ser el rumor que entonces, en aquella noche aciaga, embrolladamente escuchaba y yo atribuía á rezongos de ánimas en las simas del purgatorio. Lo cierto es que no llegué á dormir, pero tampoco velaba, y en este estado de inconsciencia pasé largo rato, qué sé yo cuánto tiempo, mucho, sin duda, porque el primer porrazo que sobre las persianas de la misma salita llegué á oír era el último de la serie que en la puerta de la calle había repicado inútilmente.

Como salté al rozar del gato, aturdido me puse de pie y miré á mi alrededor... La muchacha dormía y en la cama de Sara ni soplo, ni movimiento, indicaban que la vida luchara aún; me incliné y la vi muerta, manchada con las heces de la agonía... Al mismo tiempo, dieron otro porrazo en las persianas y oí voces que eran, ¡Dios mío!, las de Arturo y *Bullebulle*, ó se les parecían tanto que, asustado de que pudieran ser y que, entrando, el horrible contagio hiciera en ellos presa, perdí el poco sentido que me restaba, apagué la luz, corrí á la ventana, la abrí y dije á las dos sombras de fuera:

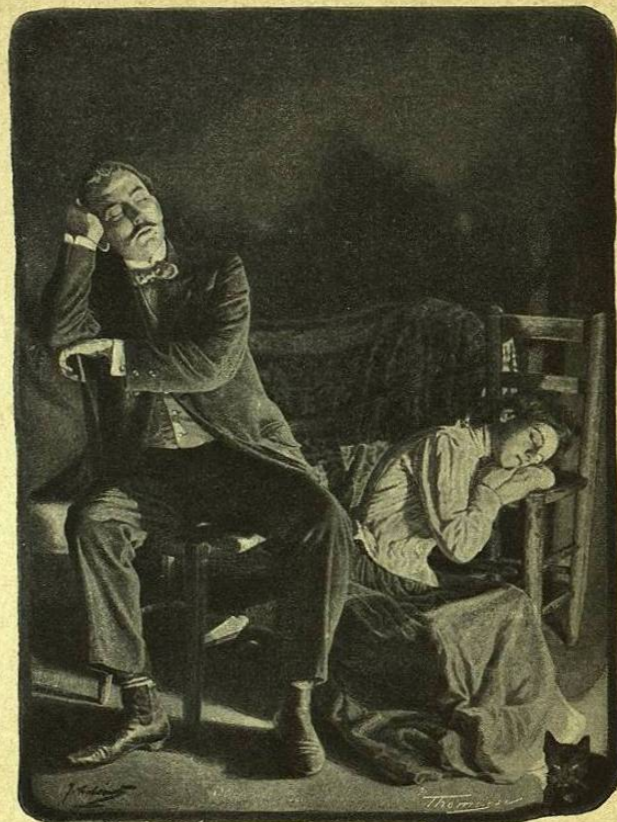
— Acaba de morir; si venís por su alma, os la entregaré sin resistencia.

— ¡Papá! — exclamó afligidísimo Arturo.

— ¡Niño! — sollozó el infeliz mulato.

Yo no les reconocía bien; pero sabía, seguramente, que eran ellos, y por nada del mundo les dejaría en-

trar. Si entraban y me tocaban las ropas envenenadas, muertos quedarían sin remedio, bañados en el



La chiquilla se había sentado enfrente de mí y sus ronquidos alternaban con el mayar del gato

negro vómito, como Clara, como Berta, como el tabernero, como Damasia, como Sara, y como yo mismo, que creía sentirlo y aspirarlo inundándome todo el pecho. Si entraban y morían, como por fuerza habían de

morir, no habría féretros en que enterrarlos, pues todos se acabaron en la ciudad apestada; quedaba sólo uno, y éste era para mí, que tenía yo que ir á buscar y traerlo á cuestras, como el otro. ¡Que no entraran, que no me tocaran!

Hablábanme los de fuera, y yo todo era contestarles disparates, sin apartarme de la ventana ni querer abrirles; y los tristes, que pasaron la noche y el día con ansiedad creciente por Sara y por mí y que rompieron la consigna del aislamiento viendo que ni yo llegaba ni enviaba noticias, ni aparecía tampoco la otra, se desesperaban en la sombra y afligían de mi actitud incomprensible, que mi carácter nunca fué de broma y las circunstancias no la consentían de tal índole. Dedujeron, al cabo, que yo no estaba en mi juicio, lo cual era verdad, sintiéndome yo mismo bajo el influjo de una extraña borrachera, que también el dolor, como el vino, perturba momentáneamente, cuando no apaga del todo la razón, según su mayor ó menor intensidad, y convencidos de que conmigo no podían entenderse, renovaron los golpes en las persianas y en el portal.

Tantos dieron y tan fuertes, que la chica despertó, y encontrándose á obscuras me llamó llena de susto. Yo la ordené:

— ¡No abras!

Pero ó no reconoció mi voz ó el timbre de ésta debía ser hueco y así como ultraterreno para sus oídos embotados por el sueño y su imaginación, en la que

no sería menuda zambra la que armarían los difuntos arrastrando los sudarios; atropelló hacia la puerta de salida, tropezó en la cama y sus manos con el cuerpo de Sara, lanzó un alarido y escapó.



... y me fui del puente abajo...

Comprendí que iba á abrir; sin duda se dirigía al zaguán y el espanto la haría correr hasta su casa. Si abría, los otros entraban, pillaban el contagio y se morían; sobre todo, si me tocaban á mí, á mis ropas envenenadas. Me deslicé en la obscuridad y detrás de la cancela de hierro me

escondí para huir yo también, si ellos entraban; lo esencial en aquel momento para mí era que no me tocaran, porque no quería que, en su heroica imprudencia, recibieran la muerte de mis manos.

Abrió la chica, y antes de que ellos entraran se escurrió más lista que un galgo; entraron ellos, y como se sabían la casa de memoria, pasaron el zaguán y la cancela: no podían verme, apretándome yo á la pared para que no me rozaran, y cuando penetraron francamente en la primera habitación, corrí hacia la calle, como la chica, y queriendo poner entre ellos y yo ma-